

*Política nacional
de comunicaciones
y reconstrucción
de "tejidos sociales"*

Otro mundo es posible

En tiempos de "globalización" y a primera vista, puede parecer anacrónico o desfasado el mero planteamiento del papel del Estado, en general y, concretamente, en relación a las comunicaciones. El anacronismo podría parecer mayor si se toma en cuenta que, junto a otros factores, es precisamente una comunicación ya des-regularizada y sin fronteras la que supuestamente está en la génesis del nuevo fenómeno. Fenómeno que -al menos según el discurso dominante- caracteriza ya a nuestro tiempo.

REPARTO GLOBAL

No entraré aquí en el debate acerca de la globalización misma, fenómeno más que ambiguo y que, hasta ahora, responde básicamente a un proyecto de expansión capitalista y de nueva colonización del planeta, concebido y gerenciado por los países más ricos de la tierra e instrumentado principalmente por el Banco Mundial (BM) y por el FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (FMI). Como "Reparto Global" lo denunciaba, ya en 1994, el número 85 de nuestra revista *Comunicación*. Proyecto, por cierto, nada original en sus pretensiones últimas, ya que la inercia expansiva, acaparadora y reductora es bien antigua en la historia de la humanidad. Su originalidad es evidente en lo formal, ya que, sobre la base de una economía predominantemente financiera y "virtual", el fenómeno está ligado al dominio de tecnologías informáticas y a la concentración de poder mediático.

Esta "globalización" está ciertamente proyectada. Ahora bien, la misma, hoy por hoy, no pasa de ser un escenario posible y, en mi opinión y a juzgar por algunos primeros síntomas funestos derivados del intento de su aplicación, un escenario bien poco probable.

Esa "globalización", sobre todo y en todo caso, es un "concepto fetiche" con el que -tratando de impedir la posibilidad de cualquier cuestionamiento- se pretende imponer el dogma de la necesidad e irreversibilidad del proceso. A propósito de "concepto fetiche", conviene recordar que las palabras sólo tienen valor mágico en el mundo de la irracionalidad y que, desde luego, no cualquier "lógica" alcanza el mérito de lo racional. Nueva ideología de quienes, desde hace aproximadamente una década, vienen proclamando el "fin de las ideologías".

CAOS INDUCIDO Y DE-CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL

Sin entrar a fondo ahora, como queda dicho, en ese debate necesario, quiero centrar mi atención en un solo punto, que me parece de la mayor trascendencia. Vivimos tiempos de anomia y de incertidumbre, en gran medida provocadas. El caos inducido que padecemos favorece a ciertos intereses dominantes, los que medran precisamente allí y cuando la des-regulación es mayor. Vía franca para el atropello. En el sentido de lo anterior y en concreto, ha sido abrumador en las últimas décadas el discurso orientado a desacreditar cualquier empeño político y a considerar innece-

Bien alejado el autor de posiciones estatistas y profundamente comprometido con la defensa de libertades logradas y a la conquista de nuevos espacios de libertad para todos y precisamente por ello, las reflexiones siguientes están orientadas a reivindicar el papel insustituible de los respectivos Estados nacionales, en un mundo ciertamente cada vez más interconectado. No está de más advertir que estas reflexiones se hacen desde la óptica preferente de los países del Sur y con una atención, preferente también, a la problemática de las comunicaciones

□ José Ignacio Rey



sario o irrelevante el papel del Estado. En paralelo, se ha venido exaltando también, como valor supremo, un individualismo groseramente mercantilista y privatizador que desprecia cualquier relación humana que no sea estrictamente competitiva.

Esa "cultura del negocio y del consumo" cercena de hecho o reduce al mínimo las posibilidades de lo humano. Y sólo en base a esos mínimos puede llegar a hablarse de una cierta, precaria, homogeneidad. Además y en la línea de un liberalismo mentiroso, interesado en ignorar u ocultar desigualdades fácticas, vuelve a ser recurrente el discurso de la igualdad de libertades formales e, incluso, aquel otro que proclama la universalidad de los derechos humanos. Vieja cantinela que, en boca de neo-colonizadores, sólo puede engañar a incautos. Cinismo a toda prueba, cuando la única gran ley respetada es la de la selva. Pesimismo atroz acerca de la condición humana, que sólo sirve para consagrar privilegios, mientras se preparan guerras, se profieren amenazas, se reprime o se instaura un régimen "global" de terror que tiende a inhibir con eficacia posibles reclamos de justicia.

Uno de los efectos más graves de toda esa dinámica perversa es la atomización creciente. Se reducen los espacios de lo público. Se niega vigencia a lo propiamente colectivo, burdamente transformado en 'corporativo'. En el marco de ese "proyecto globalizador" de economías y conciencias, la 'solidaridad' pasa a ser una palabra vacía o sin sentido. La 'seguridad social' ya no será sino parte de un negocio privado. La 'ética' quedará desvirtuada como simple -y también rentable- 'activo intangible'.

TEJIDO SOCIAL DEBILITADO

Hablé antes de primeros síntomas, graves, del intento de aplicación de un cierto modelo global. Quiero subrayar ahora dos síntomas principales, estrechamente interconectados. El primero es un debilitamiento progresivo del tejido social, dolencia ampliamente extendida, pero que tiene efectos sencillamente letales en sociedades semi-estructuradas, aquellas que no tienen otra base de sustentación que vagos consensos sociales tradicionales, implícitos o simplemente no actualiza-



Cinismo a toda prueba,
cuando la única gran ley respetada
es la de la selva. Pesimismo atroz
acerca de la condición humana,
que sólo sirve para consagrar
privilegios, mientras se preparan
guerras, se profieren amenazas,
se reprime o se instaura
un régimen "global" de terror
que tiende a inhibir con eficacia
posibles reclamos de justicia.



dos. También en aquellas otras demasiado jóvenes como para haber logrado un auto-reconocimiento maduro.

Entre estas últimas estarían quizás nuestras sociedades latinoamericanas, severamente golpeadas por colonialismos varios y sucesivos, pero en todo caso jóvenes, abiertas, inestables, de origen un tanto aluvional, síntesis humana de inmigraciones múltiples y de mestizajes relativamente recientes, a medio camino siempre entre lo tradicional y lo moderno.

EL PAPEL DEL ESTADO

Por múltiples razones, el impacto de ese proyecto globalizador en países como los nuestros ha empezado a tener ya efectos peligrosamente atomizadores y destructivos. En ese contexto adverso, la prioridad absoluta aquí es la construcción o reconstrucción del tejido social. Y eso no se ve posible sino desde el Estado.

En ningún caso se trataría de reeditar formas del pasado, ni de echar

marcha atrás en el proceso de democratización lograda. Tampoco se trataría de asignar al Estado un papel simplemente reactivo frente a influencias foráneas. Mucho menos consentirle la agitación de banderas de nacionalismo estrecho o patriotero, tan absurdo como trasnochado.

Necesitamos un Estado aglutinador y propositivo, que fomente sin reservas la participación política de los ciudadanos en términos de co-responsabilidad, que sea proactivo en la creación de espacios públicos para el consenso y para el disenso, que favorezca la consolidación de una genuina 'sociedad civil', entendida como red de redes, comunidad compleja que se va construyendo con el encuentro y la progresiva convergencia de comunidades de base menores. Un Estado concebido como catalizador de elementos múltiples, hacia la creación de un gran proyecto nacional compartido. Estado democrático en función activamente democratizadora.

RIESGOS DE RUPTURA

El segundo síntoma es la posible ruptura del tejido social, con consecuencias indeseables, imprevisibles y siempre traumáticas. Hay hoy señales inequívocas de riesgo de ruptura a escala planetaria, entre bloques de países y entre grandes regiones del mundo. El equilibrio planetario fue ciertamente siempre delicado y de alguna manera inestable, pero la reciente puesta en marcha del referido "proyecto global" ha empezado a tener terribles efectos descompensadores. Concretamente ha abierto aún más la brecha de desigualdades entre países del Norte y países del Sur, hasta extremos insostenibles. Las distancias se han agrandado de manera peligrosa para todos.

Hay dos factores que han contribuido a hacer especialmente grave la situación. Un primer factor, si se quiere "objetivo", consiste en que el empobrecimiento acelerado de más de las 2/3 partes de la humanidad -deuda externa mediante- dista mucho de ser casual y, además y por efecto directo de la imposición del modelo, grandes contingentes humanos están simplemente condenados a la "exclusión".

El otro factor, más bien "subjetivo", está relacionado con el hecho de los pobres del mundo saben que su

empobrecimiento no es casual y, por otra parte, los "excluidos" en manera alguna se resignan a serlo.

Están dadas, pues, las condiciones para protestas globales y para masivos desplazamientos migratorios del Sur hacia el Norte. Puede igualmente preverse que ese acercamiento físico entre Sur y Norte, resultado de violencias estructurales, no será precisamente amigable y, en todo caso, será traumático y conflictivo. Demasiado desarraigo y elevadas dosis de explicable resentimiento.

¿Comprenderán alguna vez los geniales artífices del proyecto vigente de economía global que, tal como está diseñado, el mismo es inviable?. ¿Cae-rán por fin en la cuenta de que la época de los colonialismos ha sido definitivamente superada?. ¿Será posible que entiendan que "la justicia es el nuevo nombre de la paz" y que todas las armas en su poder no van a poder acallar el clamor global que surge fuera e incluso dentro de sus propias fronteras?. ¿Serán capaces de sacrificar ganancias injustas de corto plazo y contribuir al desarrollo de todos en el medio y largo plazo?. ¿Serán capaces de superar su propio egoísmo y miopía, a fin de evitar desgarramientos y rupturas que podrían ser irreversibles, en perjuicio de todos?.

SOCIEDADES DUALES

América Latina sabe mucho de brechas internas. Éste es quizás, por antonomasia, el continente -rico, como el más, en recursos naturales- de las mayores desigualdades relativas. Sociedades que nacieron "duales" y en las que -podríamos decir- siempre coexistieron Primer Mundo y Tercer Mundo, en equilibrio permanentemente inestable. Tejido social débil, por otras causas arriba insinuadas, y tejido social siempre al borde de la ruptura, como efecto de esa dualidad interna difícilmente sostenible.

El fenómeno "globalizador", además de su impacto atomizador y disgregante, ha venido recientemente a agravar nuestras antiguas y propias brechas internas. A escala de cada una de nuestras respectivas naciones se reproducen los mismos efectos constatables a escala planetaria: también aquí los ricos son cada vez más ricos y cada vez son más pobres los pobres, con



América Latina sabe mucho de brechas internas. Éste es quizás, por antonomasia, el continente -rico, como el más, en recursos naturales- de las mayores desigualdades relativas. Sociedades que nacieron "duales" y en las que -podríamos decir- siempre coexistieron Primer Mundo y Tercer Mundo, en equilibrio permanentemente inestable.



una clase media en vías de total extinción, hacia abajo. No haría falta decir que, cuando hablo de riqueza y pobreza, no me estoy refiriendo solamente a poder adquisitivo, sino a todo lo que ello presupone y conlleva.

Cabría advertir, también y de paso, que -por supuesto- el problema de las dualidades internas no es exclusivo de países latinoamericanos, aunque sí muy característico. A ese respecto, es perfectamente constatable una brecha cada vez mayor a lo interno de los propios países desarrollados. En ese sentido e incluso sin tomar en cuenta la presencia creciente de inmigrantes, podría decirse que cada vez hay más Sur en el propio Norte. A ello contribuye de manera decisiva el problema estructural del desempleo, pero eso es ya "harina de otro costal".

DE NUEVO EL ESTADO

Sin repetir lo dicho antes, tampoco el riesgo latente de ruptura del tejido so-

cial e, incluso, de explosiones sociales internas podrá ser conjurado sino por un Estado que canalice conflictividades y acorte distancias. Un Estado propositivo y moderador que sepa, simultáneamente, estimular la más amplia iniciativa privada de producción y fijar claras reglas de juego para una justa distribución de lo producido. Un Estado armador de redes y creador de nueva institucionalidad. Un Estado que priorice la educación y la ciudadanía. Un Estado que favorezca iniciativas y consensos. Un Estado que cumpla y haga cumplir las leyes. Un Estado cuya acción toda se inspire en una genuina e integral Política de Comunicaciones, más allá de lo sectorial e incluso de lo mediático. Un Estado desprejuiciado y moderno que busque sabiamente, en política exterior, integraciones convenientes y sepa descartar los inconvenientes. Un Estado, en resumen, tan eficaz en su cometido democratizador que, a la larga, resulte, él mismo, más y más prescindible. Todo ello... un largo pero inevitable camino por recorrer.

OTRO MUNDO ES POSIBLE

Por lo dicho y por lo insinuado arriba, podría deducirse erróneamente que el autor de estas reflexiones abiertas se inclina a favorecer el repliegue de cada nación sureña sobre sí misma o, en todo caso, milita en algún grupo de "antiglobalizadores" a ultranza (grupo, de paso, seguramente inexistente, figura propagandística creada para confundir a la opinión pública y para descalificar cualquier razonable cuestionamiento del modelo de "economía global" en marcha). En manera alguna es así.

El repliegue aquí recomendado es sólo táctico, preventivo y, desde luego, limitado en el tiempo. Pienso, por el contrario, que va siendo hora de empezar a superar fronteras convencionales, que separan absurdamente pueblos y culturas. Empiezan a estar dadas las condiciones para la construcción concordada de nuevas unidades regionales, primero, y de una genuina comunidad mundial después. Pero todo ello sin imposiciones, sin quemar etapas ni violentar procesos. En orden precisamente a ir logrando ese ideal, sin desgarramientos que lo alejen en el tiempo o lo hagan imposible, es interés de todos la reconstrucción o consolida-

ción de tejidos sociales locales, todavía inmaduros o simplemente maltratados.

Cualquier diseño válido de globalización debería surgir de unas Naciones Unidas profundamente reformadas y mucho mejor concebidas y estructuradas, en las que, por ejemplo, no tenga 'derecho a veto' nación alguna de las vencedoras en cualquier guerra. De una u otra forma, deben irse creando instancias de gobierno mundial, con instituciones y leyes adecuadas. Una deseable convergencia de pueblos y naciones, además de negociada y consensuada, no puede no ser, al menos mínimamente, guiada y regulada, ya que, como se dijo, una des-regulación absoluta volvería a dejar expedito el camino para la colonización, la rapiña depredadora o el atropello a gran escala. Hay ya una conciencia bastante generalizada acerca de la necesidad de un Nuevo Orden Mundial, enmarcado en un nuevo también, adecuado y genuino Derecho Internacional. Se escuchan propuestas alternativas. Otro mundo es posible.

SIN DEMAGOGIA NI POPULISMO

No quiero dejar de decir o denunciar que el nefasto "proyecto globalizador", que adversamos, está siendo utilizado en el discurso de algunos gobiernos, al menos latinoamericanos, para tratar de disculpar su propia incuria o ineficiencia. Los males que afectan a los países del Sur tienen varias causalidades, pero muchas de ellas son estrictamente endógenas. Eso no debe ser ignorado ni ocultado. Hay que empezar por poner orden en la propia casa. Revolucionarios demagógicos o de pacotilla, generalmente arropados en discursos populistas, parecieran andar siempre a la búsqueda de factores enemigos externos, para postergar indefinidamente los cambios profundos que la realidad de sus respectivos países exige y para tratar de justificar su propia parálisis o su incompetencia. Detrás de palabras altisonantes, a veces incendiarias, se esconden con frecuencia actitudes conservadoras e, incluso, reaccionarias. Utilizan la "globalización" como simple coartada.

Reconstruir efectivamente el tejido social interno es la tarea prioritaria del Estado en muchos países del Sur, trabajo tan difícil como impostergable,

“

Reconstruir efectivamente el tejido social interno es la tarea prioritaria del Estado en muchos países del Sur, trabajo tan difícil como impostergable, acción más que discurso, revolución auténtica y necesaria. Todo ello debe ir acompañado de actitudes propositivas en el dinámico concierto de las naciones.

”

acción más que discurso, revolución auténtica y necesaria. Todo ello debe ir acompañado de actitudes propositivas en el dinámico concierto de las naciones. Los diferentes países, recompuestos a lo interno, deben tener presencia activa en los ensayos alternativos que vendrán, orientados a la construcción, decidida pero paulatina, de un nuevo entramado mundial. Sin populismos y sin demagogia.

POLÍTICA NACIONAL DE COMUNICACIÓN

Las reflexiones anteriores, enmarcadas en el complejo y siempre abierto debate de lo global, han estado orientadas, primero que nada, a la reivindicación de lo político y, después y más en concreto, al rescate del papel del Estado, al menos para el corto y medio plazo y en preferente perspectiva latinoamericana.

Siguiendo esa misma línea de reflexión y aterrizando ya en el campo de nuestras propias inquietudes profe-

sionales, no puede dejar de ser subrayada la importancia que para cada país tiene una adecuada Política Nacional de Comunicaciones. Una tal política ha podido entenderse en el pasado como una presencia activa, sectorial y más o menos regulatoria del Estado, orientada preferente o exclusivamente hacia el mundo de los medios. Pensamos que esa orientación tradicional debe ser cambiada.

El problema de las comunicaciones no es ya sectorial y -mucho menos- exclusivamente mediático. Y no sólo porque las nuevas tecnologías han dotado al área de una complejidad y flexibilidad sin precedentes ("multimedia"), sino porque, a estas alturas, todas las relaciones y prácticas sociales son o deben ser concebidas como acciones comunicativas o como procesos comunicacionales. De alguna manera, el papel del Estado moderno es fundamentalmente comunicacional o -si se prefiere y al revés- lo comunicacional debe permear las funciones principales todas de un Estado moderno.

No desarrollaré aquí y ahora, en todo su fundamento e implicaciones, esta tesis sucintamente enunciada o propuesta, aunque la misma estaba de alguna manera implícita en el conjunto de reflexiones anteriores. Evitar los riesgos de ruptura, así como construir o consolidar el tejido social de un país, se reduce, en última instancia, a diseñar y poner en práctica una Política Nacional de Comunicación. Naturalmente, eso implicará también una cierta normativa regulatoria general del área y una adecuada política mediática, pero sin quedar en manera alguna circunscrita a las mismas la acción del Estado ■

■ **José Ignacio Rey**
Jesuita, profesor UCAB.
Miembro del Consejo de Redacción de *Comunicación*

